

POEMAS

Marcelo Pellegrini¹

DEIDAD

Hay un dios que en la sal
duplica su blancura.
No quiere la pureza:
tan sólo merodea
en círculos la tierra
como ave carroñera
que ha olido ya la muerte
mucho antes que acontezca.

Ya somos esa muerte
ni bien hemos nacido.
La deidad confidente
que en círculos demuestra
su infinita paciencia
sobre nuestras cabezas
desde siempre ha sabido

¹ Marcelo Pellegrini (Valparaíso, 1971) es poeta, traductor y académico. PhD en literatura hispanoamericana por la Universidad de California–Berkeley. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *El árbol donde envejece la muerte* (1997, Mención Honrosa en el Premio Municipal de Literatura de Santiago, 1998), *Ocasión de la ceniza* (2003), *El sol entre dos islas* (2005), *La fuga* (2007), *El doble veredicto de la piedra* (2011) y *Los delatores* (2020). En el ámbito de la traducción ha publicado *Constancia y claridad. 21 sonetos de Willam Shakespeare* (2006), *Figuras del original*, libro que reúne sus traducciones poéticas del inglés y del portugués (2006) y *Vestigios luminosos*, antología de ensayos de Gustaf Sobin (2023). En el ámbito de la crítica ha publicado los libros *Confróntese con la sospecha: ensayos críticos sobre poesía chilena de los 90* (2006) y *La ficción suprema: Gonzalo Rojas y el viaje a los comienzos* (2013), así como numerosos ensayos académicos y literarios en revistas de América Latina, Estados Unidos y Europa. Actualmente se desempeña como profesor asociado de literatura latinoamericana en la Universidad de Wisconsin–Madison.

de nuestro único viaje
que comenzó en lo oscuro
y habrá de terminar
bajo el dorado brillo
de un sol castigador.

EL BISONTE

No en el centro del laberinto
sino en esta orilla
del fin de la tierra
dentro de un cubo de cemento
apolillado
tullido
jadeante
yace el dios que no merecemos.

Es el bisonte echado en el polvo;
sus ojos moribundos guardan
el sueño de las praderas.

En su altar profanado
somos los casi inocentes feligreses.

Aunque no sintamos dolor
somos dolorosamente curiosos.
Aunque sepamos del horror
ignoramos su horror.

Su jadeo se escucha en lo oscuro;
su jadeo cruza la ciudad,

y en el tránsito de la noche
desembocamos en los deberes infernales.

Zoológico del Cerro San Cristóbal, Santiago de Chile

PATRIA EXTRAÑA Y ANTIGUA

El oleaje es la madre
de los dioses infinitos,
pero yo, que soy mortal,
sólo veo el esqueleto
de antiguas embarcaciones
encalladas en la arena.

Mar, patria extraña y antigua,
brocal de un pozo invisible cuya hendidura
es una tregua masacrada
en el apuro de los guerreros.

Es frente a ese mar que miro la lluvia caer lenta
entre las ramas de los árboles.
Es hasta ese mar que el amor llega
a morir en su orilla casi ciega.

Cual nubes del color de la ceniza
besaremos la arena transparente
embancados en la hora y su zozobra.
Abriremos la boca de los muertos,
ritual de nuestros sueños y agonías,
sustancia de la muerte o de la fábula.

SOBERANÍA

El sello de lo frágil asoma desde el mar,
aunque el mar es ahora
una serpiente de espuma que ruge.

No hay ángeles aquí: la noche no es confidente,
ni la música.
Toda la indolencia del viento
arrastra las nubes invisibles.
El sol, esa extraña flor, se ha ido
para siempre.

Aquí la noche es más soberana.

Aquí la arena crepita como el fuego.
 La espuma en la rompiente
 es la piel de la serpiente, su rabia.

Contemplamos las efigies de lo oscuro:
 los perros que meditan en la orilla,
 sus aullidos que provocan el éxodo de la niebla;
 el batir de alas, la guerra entre la vigilia y el sueño,
 nuevamente el sello de lo frágil
 como ofrenda de sal
 o polen oxidado en la abeja.

Dinos, soberanía, qué nos queda,
 dinos qué es más profundo: el mar
 o el tiempo, sus divinidades
 o sus demonios.

En el alfabeto de las olas buscaremos
 la forma de nuestras canciones
 y el orden perdido de nuestra herencia.

LA CALMA DE LOS CONCEPTOS

En la rendija de la ventana
 un copo de nieve reflexiona.
 Confunde su humedad
 con la humedad de la pradera
 y observa que bajo las piedras
 la compasión es difícil.
 El copo es uno con el aire;
 su pensamiento llega hasta los límites
 de la montaña más alta.
 Con paciencia espera unirse a la nieve
 que caerá desde las nubes
 como sal sobre la noche extendida.

Hay una roca en medio de la pradera;
 es el agrio sueño del frío,
 la idea prístina y pura.
 El copo abandona la rendija y entra en esa bóveda sin eco;
 quiere ser piedra germinada en la idea.
 El viento levanta los cuchillos de hielo;

el viento arrastra la noche
hacia el camino de espinas
por donde transitamos con amor de niños moribundos.

GANSOS CANADIENSES

Cisnes del Nuevo Mundo,
comercian algas y miedo
con los transeúntes.

El poeta, a orillas del lago,
quiere sacar sentido de las algas,
escanciar el néctar del atardecer.

El lago y sus reverberaciones
en el día monacal.

Hay cien hombres
caminando sobre las aguas,
pero el silbido de los gansos
ahuyentó al poeta.

El frío lanza sus cuchillos,
ráfaga que endurece aún más la piedra.

TORMENTA

I

Travesía de nubes
como herida en el aire.
Asoma la tormenta,

sin ninguna clemencia
aparece en el cielo,
nubla todas las páginas

y las llena de signos
que nadie deletrea.

La luz desaparece.

Lluvia y viento cruzados,
humedad como seda
en los cuchillos ávidos.

II

Rayo, trueno, relámpago:
destrucción una y trina,
del espacio enemiga,

total devastación
del oído cual miedo
derramado en el eco,

monstruo sonoro, grito
nacido en la garganta
más oscura del agua.

Nadie quiere ser huésped
de su morada cruel,
de sus habitaciones

donde reina el espanto,
arrullo del abismo,
caída hacia la muerte.

III

Sonaron las alarmas
de toda la ciudad.
Su voz ronca anunciaba

las fauces de un gigante
que avanza sin piedad
cegando las estrellas.

La tormenta es un cíclope;
la oscuridad de su ojo

sube por esta página

y por la boca saca
lenguas de llamas húmedas,
sílabas ilegibles.

El temblor de sus pasos
resuena entre mis huesos:
soy nada más que su eco.

IV

Al llegar la mañana
sólo una cosa anuncia
este espeso silencio:

destrucción, destrucción,
árboles con raíces
expuestas como entrañas

de soldados antiguos
después de la batalla,
sangre en tiempo cuajada.

Las casas destrozadas.
Sus habitantes miran
esos restos cual ruinas

que el tiempo adelantó
para hacerlas recuerdo.
No es abstracta esta ruina,

es real como el aire
y como el aire viaja
a todos los confines.

Reina ahora la calma,
todo yace en silencio
porque todo es silencio.

Nunca ha sido tan cierta

la calma después de la
tormenta: cielo azul

que se anuncia a sí mismo
como vasta mudez,
furor de la memoria.